

Modernización Agraria, Modernidad y Vida Privada: Las Relaciones Sociales de Género en los Temporeros de la Fruta

Ximena Valdés y Kathya Araujo
Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer

Este trabajo estudia el impacto de la modernización agraria y la instalación de procesos de modernidad cultural en la configuración de relaciones sociales de género tal como se expresan en la vida privada en temporeros/as de la fruta de la zona central de Chile. Para medir este impacto se analizaron las siguientes dimensiones: patrones de autoridad en la vida privada, trabajo doméstico, espacios extra-domésticos y participación social, sexualidad y relaciones de pareja. Se realizaron 90 entrevistas a mujeres, trabajadoras asalariadas, dueñas de casa y temporeras jefas de hogar, y a hombres, parejas de asalariadas y de dueñas de casa, de tres generaciones distintas. En este artículo se desarrollan tres aspectos de los resultados obtenidos: (1) los sentidos y argumentos nuevos y mantenidos referidos al dinero y a la dimensión material de los bienes; (2) las transformaciones más significativas de representación y prácticas en algunas de las esferas estudiadas; y (3) el análisis de la dinámica de la relación entre trabajo asalariado femenino y autoridad y sus consecuencias.

This article considers the impact of agricultural modernization and the process of cultural modernity on social gender relations, as these are expressed in private life among seasonal labourers in the fruit producing area of central Chile. This impact was measured by analyzing the following dimensions: patterns of authority in private life, domestic work, outside home activities and social participation, sexuality and partner relationships. Ninety people of three different generations were interviewed. Among the women, those working for salaries, house-wives, and seasonal workers who are head of households, and among the men, partners of salaried women and of house-wives. Three aspects of the results of this study are developed in this paper: (1) the new and traditional sentiments and arguments with respect to money and to material goods; (2) the most important changes both in practice and representation of some of the aspects studied; and (3) an analysis of the dynamics of the relationship between salaried female work and authority and its consequences.

La incorporación de las economías latinoamericanas al proceso de globalización condujo a redefinir el lugar de éstas en la división internacional del trabajo. En Chile, este proceso cobró un inusitado dinamismo en comparación con otros países de la región, gracias a la temprana aplicación de políticas de ajuste estructural que facilitaron la inserción de la fruta en el mercado mundial.

Así como la globalización condujo el reposicionamiento de las economías en el mercado mundial, el desarrollo de la fruticultura en Chile produjo una feminización del mercado de trabajo (Valdés, 1988, 1992). Si los procesos de globalización condujeron

a cambios espaciales dados por la readecuación de la división internacional del trabajo, también la feminización del mercado laboral forma parte de una cadena de readecuaciones espaciales en el territorio, en la familia y en los lugares de trabajo. Mientras la localización de los productos a nivel interno se readecúa en función de la apertura de los mercados externos, por lo cual se acentúan los fenómenos de especialización regional de la producción agrícola, a nivel de la población de la zona central se verifican también mutaciones en la medida que la conformación de este mercado de trabajo —que implica a hombres y mujeres temporeros— tiene como soporte un cambio en las formas de poblamiento. Estas se han traducido en procesos de urbanización del mundo rural, fenómeno que adquiere especial significación a partir de las políticas de población introducidas por el gobierno militar (ODEPA, 1974). Esto se manifiesta en la expansión de entidades de población tales como los villorrios rurales y el cambio en el carácter de las aldeas rurales, así como también en el crecimiento de los poblados suburbanos, los cuales albergan a los trabajadores de la fruticultura expulsados de las distintas formas de tenencia, una vez que se da curso a la contra-reforma agraria (Valdés, 1984).

La fuerte tendencia a mayores obstáculos para acce-

Ximena Valdés Subercaseaux y Kathya Araujo Kakuichi, Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM). Este proyecto fue financiado por FONDECYT 1950107 (*Temporeros y temporeras de la fruta: Cambios en las relaciones de género, familia y sociedad local*; Ximena Valdés, investigador responsable; Kathya Araujo, Angélica Willson y Ana María Arteaga, co-investigadoras; Catalina Arteaga, asistente de investigación; Alvaro Bello, Jessica Torres y Rita Valencia, entrevistadores/as). Se agradece a Javier Martínez por sus recomendaciones metodológicas.

Parte de este trabajo fue presentado por Ximena Valdés en el XX Congreso de la Asociación Internacional de Estudios Latinoamericanos LASA97, Guadalajara, México, Abril 1997.

La correspondencia relativa a este artículo debe ser dirigida a Ximena Valdés, CEDEM, Purísima 305, Recoleta, Santiago, Chile. E-mail: cedem@reuna.cl

der a tierras de los moradores del campo (ya sea al interior de los fundos o en unidades campesinas), y el aumento del trabajo temporal masculino en detrimento del trabajo estable, concurren a explicar el hecho de que estas familias de pobladores rurales o suburbanos deban reestructurar sus formas de vida en relación a cómo éstas se dieron en el pasado. La asalarización femenina configura parte de la reestructuración de las anteriores formas de reproducción campesinas.

El ingreso de amplios sectores de mujeres al empleo en la fruticultura desde fines de la década de los setenta, condujo a que las relaciones sociales de género en la vida privada se vieran enfrentadas a las consecuencias de la modernización. Esta generó un desplazamiento espacial en la vida privada de las trabajadoras, lo que cristalizó en la repartición del tiempo entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo. Del mismo modo, el salario femenino condujo a la co-provisión económica de los hogares con lo cual también se fue dando paso a ciertas redefiniciones en los papeles que juegan hombres y mujeres a nivel familiar. Las mujeres dejan de poblar exclusivamente el espacio doméstico para concurrir a las labores de la fruta en predios y packing, lo que implica un cambio en el uso del espacio público y privado. En contrastación con el pasado inmediato, la casa deja de tener la importancia que tuvo, en términos de las horas y los días que se permanece en ella; la calle, por el contrario, comienza no sólo a ser transitada para desplazarse entre la casa, el vecindario, la escuela y el hospital, o las iglesias, durante el día, sino a ser habitada por pares de trabajadores hombres y mujeres con lo cual se abre a un nuevo tipo de sociabilidad extendida al día y horas de la noche; los packing y predios, amplían los referentes de las mujeres, y no sólo se limitan a vecinas e instituciones de servicios y religiosas como en el pasado (Valdés, 1992). Los lugares de trabajo, aparte de contribuir a nuevas relaciones sociales entre hombres y mujeres se configuran en lugares donde las mujeres se ven enfrentadas a las jerarquías de la división social y técnica del trabajo marcadas por la segregación de género (Valdés, 1988).

Sin duda, la reorganización del tiempo y el espacio, conforman un nuevo escenario que contribuye a cambios en las mentalidades y en las relaciones de poder entre hombres y mujeres. No hace más de tres décadas, el campo y las relaciones sociales de producción y género, estaban marcadas por atributos diferentes. La vida en áreas de pequeña propiedad o en fundos y haciendas se caracterizó por la presencia de la autoridad masculina como reguladora de la vida

familiar. Las mujeres, aunque desarrollaban labores reproductivas y productivas en el espacio doméstico, lo hacían en el contexto de la división sexual del trabajo al interior de la familia. De otro lado, las horas y los días, estuvieron organizados en estrecha dependencia de la noción de tiempo y clima, día y noche, y asimismo una diversidad de tareas de carácter doméstico y productivo se entremezclaban, alternándose, a lo largo de los días y las estaciones, en un contexto de aislamiento relativo por el carácter disperso del poblamiento. Aunque en fundos y haciendas el hábitat estuviese concentrado, al igual, las familias inquilinas estaban en dependencia del trabajo hacendal, es decir, de las relaciones contractuales establecidas por los jefes de familia inquilinos con patrones y el cuerpo de trabajadores de vigilancia y control. Paralelamente, y dado el carácter mixto de la categoría de los inquilinos, es decir de trabajadores de las haciendas y de pequeños productores en las tierras otorgadas en usufructo por la misma hacienda, quienes organizaban el trabajo en las tierras dadas en regalías eran los mismos jefes de familia. Con ello, mujeres e hijos, trabajaron bajo la tuición del jefe de familia. A la vez, cuando se trató de otras categorías de trabajadores, tales como peones y asalariados sin tierras, los "trateros", usualmente al trabajar por tarea o a destajo, lo hicieron con mujeres e hijos/as pero ello significó que el trabajo femenino e infantil o de los jóvenes, se daba a través de la mediación masculina. Por el contrario, la asalarización femenina, al escindir espacio y tiempo, espacio doméstico y lugar de trabajo, introduce nuevas modalidades de organización familiar y laboral, a lo menos en lo que atañe a las mujeres en cuanto responsables de la vida y actividades hogareñas y paralelamente, temporeras en predios y packing de fruta. Del lado del trabajo, el de las actuales temporeras no requiere de la mediación masculina, a diferencia del pasado.

Desde los ochenta comenzaron a estudiarse las consecuencias en los trabajadores de la fruta del nuevo paradigma de crecimiento económico y los resultados del nuevo patrón de acumulación en sus condiciones de vida (e.g., Aranda, 1982; Gómez, & Echeñique, 1988; Rodríguez, & Venegas, 1988; Valdés, 1986, 1987, 1992; Venegas, 1991; Medel, Riquelme, & Olivos, 1989; Medel, & Riquelme, 1994). Estos estudios se refieren fundamentalmente al proceso de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo de la fruta, a las condiciones laborales a campo abierto y en los packing, a los niveles salariales de hombres y mujeres, a las diferencias en las jornadas de trabajo por sexo, al lugar de hom-

bres y mujeres en la cadena productiva, a la segregación sexual en el trabajo asalariado de la fruta.

Estos estudios, han dejado en un gran desamparo la producción de conocimientos acerca de las consecuencias de la masiva asalarización temporal de las mujeres en la vida privada. Cuando más, han tocado la redefinición de los roles de género en la división sexual del trabajo doméstico. Este enfoque restrictivo en el análisis de las relaciones sociales de género ha impedido conocer de qué manera se resitúan los sujetos de ambos sexos frente a las situaciones cambiantes características de los procesos de modernización social, sobretodo cuando se trata de un cambio verificado en tan corto lapso de tiempo.

Las relaciones sociales de género constituyen una dimensión específica de las relaciones sociales y, como tales, configuran parte de la cultura de las distintas sociedades. En tanto la cultura se refiere a la forma común y aprendida de vida que comparten las distintas sociedades y que consta de la totalidad de instrumentos, técnicas, instituciones sociales, actitudes, creencias, motivaciones y sistemas de valores, las construcciones sociales que reposan en los datos de la biología sobre la base de las diferencias sexuales estarán encarnadas en el conjunto de atributos que cada sociedad otorga a lo que es ser hombre o ser mujer.

Una vez que estos procesos de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, que arrancan a fines de la década del setenta ya se encuentran consolidados, debido al tiempo transcurrido, cabe hacerse preguntas acerca de las consecuencias de la modernización agraria en la esfera cultural, entendiendo que un factor importante de la cultura se sitúa en el modo en que cada sociedad categoriza lo femenino y lo masculino y las jerarquizaciones, normalmente expresadas en desigualdades entre hombres y mujeres, que emanan de estas categorizaciones. Estas categorizaciones no sólo se reflejan en las prácticas sociales, es decir en lo que hombres y mujeres hacen, sino en el modo en que lo masculino y lo femenino es representado socialmente, es decir en como se piensa lo femenino y lo masculino y las valoraciones asignadas a ambos géneros. La teoría feminista ha avanzado en diferenciar la forma en que se expresan las diferencias y desigualdades entre hombres y mujeres, en los enfoques de la construcción social y simbólica de los géneros, lo que permite indagar en el modo en que se organiza tanto la vida material como las representaciones asociadas a las prácticas sociales expresadas en de-

terminadas formas de división sexual del trabajo en la esfera privada y pública (Moore, 1994).

La noción de representación utilizada en este texto deriva de la conceptualización de discurso que realiza Lacan (1991), tal como es elaborada especialmente por Slavoj Zizek (1991, 1992, 1994). Se retoman dos ideas fundamentales de estos autores: en primer lugar, el discurso ejerce un poder performativo y transformativo en diferentes órdenes intrasubjetivo, intersubjetivo (relaciones sociales) y en las relaciones con el mundo no humano (Bracher, Alcorn, Coprthell, & Massardier-Kenney, 1994); en segundo lugar, el discurso a lo que sirve es a sostener el vínculo social. Es lo que organiza lo que circula en la comunicación simbólica entre los sujetos y determina diversas posiciones posibles en la red de comunicación intersubjetiva (Zizek, 1991). Se entiende por representaciones a aquellas producciones a nivel imaginario que acompañan el discurso en tanto estructura, y, de manera específica, a las representaciones sociales como los modos en que se imaginan o se organizan atributivamente los vínculos sociales, o en otros términos, las formas, definiciones y características descriptivas y prescriptivas atribuidas a éstos, en función de la incidencia de estructuras de discurso determinadas.

Modernización, modernidad y relaciones sociales de género

No hay modernidad sin racionalización, pero tampoco sin la formación de un sujeto-en-el-mundo que se sienta responsable de sí mismo y de la sociedad. No confundamos la modernidad con el modo puramente capitalista de modernización (Touraine, 1994). En general, el concepto de modernización "se refiere a una gavilla de procesos acumulativos y que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y a la movilización de recursos; al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo; a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales; a la difusión de derechos de participación política; de las formas de vida urbanas y de la educación formal; a la secularización de valores y normas" (Habermas, 1989), mientras que la modernidad alude más a procesos de tipo cultural que social. La modernidad trae consigo la reflexividad; las tradiciones pierden su carácter cuasi natural; los patrones de socialización tienden al desarrollo de "identidades de yo" abstractas que obligan a los sujetos a individuarse. El mundo moderno, "se distingue del antiguo por estar

abierto al futuro" (Habermas, 1989, p. 17). "La orientación específica hacia el futuro que caracteriza la Edad Moderna sólo se forma a medida que la modernización social deshace con violencia el espacio de experiencia característico de los mundos de la vida campesino y artesano, lo moviliza, y lo devalúa en lo que a directrices para la formación de expectativas se refiere" (Habermas, 1989, p. 24).

La modernidad constituye una experiencia vital (Larraín, 1996); el discurso de la modernidad está influido fundamentalmente por las ideas de libertad y autonomía individual en todas las esferas de la vida "y el principio del mundo moderno es la libertad de la subjetividad" (Larraín, 1996). La crítica a la modernidad ha consistido en desligarla de la tradición histórica que la redujo a la racionalización e introducir en ella el tema del sujeto y de la subjetivación (Touraine, 1994). Pero el concepto y el discurso de la modernidad ha sido siempre más avanzado y completo que su práctica e institucionalización en sociedades concretas, por lo cual hay que distinguir entre el proyecto de la modernidad en cuanto discurso organizado que establece un verdadero imaginario de la modernidad, y las prácticas sociales e instituciones modernas que cada sociedad ha logrado realmente implementar y desarrollar (Wagner, 1994).

En América Latina las tradiciones aún no se han ido y la modernidad no acaba de llegar (García-Canciani, 1989) y esto no debiera ser válido tan sólo para la cultura en general sino también para la constitución de los géneros en particular. Cobra sentido en el análisis de la confrontación entre procesos de modernización y modernidad lo expuesto por Giddens (1990) relativo a lo nuevo que acarrea la modernidad. Nos dice: "Las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes todas las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambio característicos de períodos anteriores; extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; intensivamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianeidad" (Giddens, 1990, p. 18).

El período en que se va a desencadenar esta última revolución modernizadora —de manera pendular, la historia chilena ha transitado entre la modernización y la búsqueda por su identidad (Devés, 1994)— co-

incide con un régimen autoritario (1973-1990). Este se hace cargo de encarnar las tendencias que toma la modernización a escala mundial: reducción del rol del Estado, flexibilización, especialización, internacionalización de las estructuras productivas, renuncia al objetivo de pleno empleo, privatización de las empresas y servicios públicos, multiplicación del empleo atípico, liberalización y flexibilización del mercado de trabajo, etc. (Tironi, 1990).

En tanto resultados de la implementación del modelo neoliberal, el país observa tasas de crecimiento sostenido sobre la base del impulso a las exportaciones; éstas se diversifican y la contracara de este proceso, es el decrecimiento de la marginalidad social y el incremento de la asalarización de la pobreza una vez que el modelo se consolida hacia fines de los años ochenta (Díaz, 1989).

A nivel de los discursos culturales que acompañan este proceso modernizador se instala la noción de éxito, de país emprendedor, de cara al futuro, lo que a la par se ha instalado en el imaginario colectivo de la sociedad chilena (Subercaseaux, 1996). No obstante, si las altas y sostenidas tasas de crecimiento económico son el soporte discursivo de la modernidad, coexisten con ellas altos índices de pobreza en la población e incluso entre 1992 y 1994 estos índices se han incrementado en el medio rural habiendo habido un decrecimiento de la pobreza en el período de transición democrática 1990-92. Por otra parte, el modelo actual trajo aparejada una redistribución regresiva del ingreso respecto de décadas pasadas (Valdés, Valdés, & Bengoa, 1997).

La puesta en escena del paradigma neoliberal y la implementación de un nuevo patrón de acumulación a contar de mediados de los setenta, implicó una vertiginosa carrera hacia la modernización de la estructura productiva lo que condujo a la emergencia de una clase empresarial moderna particularmente visible en la agricultura (Gómez & Echenique, 1989). Los temporeros y temporeras de la fruta emergieron de este proceso modernizador de la estructura productiva agraria, siendo uno de sus rasgos más específicos la extensión del trabajo de temporada y la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo el que hoy día cuenta con un 52% de participación femenina (Venegas, 1996). Flexibilidad y feminización caracterizan el funcionamiento del mercado de trabajo de la fruta.

Este proceso modernizador implicó cambios tanto en los regímenes laborales como en los roles de los géneros en la familia y la vida privada. En la medida

que los hombres se ven afectados por un *proceso de desafiliación*¹ del mercado de trabajo estable (Castel, 1996) pierden los atributos de proveedores permanentes de los hogares mientras que las mujeres, por el contrario, son testigo de un creciente proceso de afiliación al mercado de trabajo. El salario femenino ingresa en los hogares como un componente nuevo, en la medida que la temporalidad se estabiliza, lo que concurre a un cambio en la composición de los ingresos familiares. Pero más importante quizá que los factores económicos (co-provisión de los hogares como consecuencia de la asalarización femenina), son los factores extra-económicos tales como la ausencia de las mujeres de las casas, su presencia en los lugares de trabajo, la escisión entre trabajo y la vida (Thompson, 1984), la progresiva pérdida del peso de la comunidad, del parentesco, de las redes sociales inmediatas y su reemplazo por otras, más institucionalizadas y más lejanas al entorno local, a la comunidad y la familia.

La modernización agraria entonces, paralelamente a introducir cambios en las relaciones de producción, introdujo otras modificaciones en la vida de las personas. Al hacerlo, creó las condiciones para que las formas de vida tradicionales perdieran el soporte cultural que animó a hombres y mujeres a reiterar los modos de hacer las cosas y de pensarse a sí mismos como lo hicieron las generaciones anteriores.

¿Cómo se reacomodan hombres y mujeres a estas nuevas situaciones provocadas por la modernización agraria? ¿Es que la ruptura de las rutinas de la vida privada en cuanto los roles genéricos, ocasionan cambios de tipo cultural introduciendo en las formas de vida tradicionales elementos nuevos que den paso a la modernidad cultural? ¿O es que el trabajo de las mujeres se instala sobre el mundo tradicional y constituye tan sólo un elemento adicional que no altera lo que hombres y mujeres hacen y las formas de pensarse a sí mismos? ¿En qué medida inciden los procesos de urbanización en la vida privada en el reacomodo de las relaciones de género?

Un cambio en una relación social de esta naturaleza supone modificaciones en los discursos de género, implica alteraciones en lo que hombres y mujeres ha-

cen y alteraciones en cómo ambos géneros se piensan, por lo tanto, en sus interacciones recíprocas. El propósito de esta investigación fue indagar desde la perspectiva de la construcción social así como desde la perspectiva de la construcción cultural de los géneros (Moore, 1994) las transformaciones que genera la modernización agraria en las relaciones sociales de género. Este propósito se inscribe en un contexto en que conviven contradictoriamente la modernización ocurrida a nivel de la economía y la sociedad con los procesos de modernidad cultural que, como todo cambio cultural, no necesariamente sigue los mismos ritmos.

¿Cómo comprender los procesos de cambio en la vida cotidiana y la esfera privada una vez que los procesos de modernización socioeconómica avanzan y generan a la vez nuevos discursos de la modernidad? Es imposible entender los procesos productivos y políticos si se los aísla de las percepciones culturales que las personas experimentan acerca de dichos procesos. Todo análisis debe centrarse en lo que las personas hacen y en las interpretaciones culturales de dichas acciones (Collier & Rosaldo, 1981, citado por Moore, 1991). En este planteamiento se emplea paralelamente el punto de vista simbólico y social, ante la evidencia de que las ideas relacionadas con los hombres y las mujeres no son plenamente independientes de las relaciones económicas y de producción ni derivan directamente de ellas (Moore, 1991). Se trata de "enlazar las ideas culturales sobre el género con las relaciones sociales reales que presiden la vida, el pensamiento y las acciones de los individuos de ambos sexos" (Moore, 1991, p. 51).² "Los discursos acerca del género y las categorías del género no son poderosas porque proveen descripciones exactas de prácticas y experien-

² Otra aplicación de este enfoque aparece en un estudio empírico realizado en España y referido a los jóvenes: "Las diferentes tareas y áreas de actividad proporcionan modelos concretos de identidad. En gran parte, se es lo que se hace" (Ortega, 1994, p. 144). En las rutinas que conforman la vida cotidiana se ofrecen efectivamente oportunidades de ser en un sentido o en otro; de articular a nivel personal el entramado de comportamientos llevados a cabo sistemáticamente. Los modelos genéricos provienen de varias fuentes: la familia, la escuela, los medios de comunicación, el trabajo y su puesta en práctica transcurre en los lugares en que transcurre la vida de cada individuo. Por el contrario, las representaciones sociales se refieren a lo que se piensa acerca de lo que es ser hombre o mujer. Un orden social de representaciones en torno al género permite a los individuos percibirse a sí mismos y a los demás en virtud de conceptos y estereotipos dotados de cierto grado de consistencia. Los estereotipos actúan a nivel de las creencias y las actitudes. Mientras las creencias afectan al tipo de conocimiento, las actitudes conforman valoraciones donde anida la toma de postura frente a otros, por lo que ellos son las consecuencias sociales del estereotipo. Unos y otros se complementan y refuerzan, si bien es posible una modificación de las creencias sin que esto se manifieste en el cambio de actitudes (Ortega, 1994).

¹ Robert Castel (1996) en «La méthamorphose de la question sociale» trata la noción de «désaffiliation» no como ruptura de un proceso sino como recorrido. Esta noción —sostiene— pertenece al mismo campo semántico que la disociación, la descalificación o la invalidación social y en esta perspectiva la zona de vulnerabilidad ocupará una posición estratégica. La noción de desafiliación se muestra útil para comprender los procesos que hacen transitar a los individuos, por ejemplo, de la integración a la vulnerabilidad y, en cierto sentido esta noción reemplaza a la de exclusión.

cias sociales, sino porque, entre otras cosas, ellos engendran a mujeres y hombres como personas que son/están definidas por diferencias. Estas formas de diferencia son el resultado de un trabajo de significación y discurso, y cuando son puestos en juego hacen surgir efectos discursivos que producen las diferencias de género, además de las categorizaciones" (Moore, 1994, p. 42).³ En el mismo sentido la particular fuerza de los discursos culturales es que ellos tienen efectos materiales, es decir, que ellos están mantenidos práctica o funcionalmente, además de discursivamente (Bourdieu, 1977, 1990, citado por Moore, 1994). De otro lado, las categorías simbólicas de "mujer" y "hombre", y la diferencia inscrita dentro y entre ellas, tienen que ver con las representaciones, autorepresentaciones, prácticas día a día de individuos hombres y mujeres (Moore, 1994).

La presente investigación se ha planteado un conjunto de preguntas que buscan comprender el vínculo de las transformaciones macro-sociales con las implicancias en la vida de los sujetos: ¿Es que la modernización agraria ha generado procesos de modernidad cultural? ¿Es que la salida de las mujeres a trabajar en la fruta ha conducido a cambios significativos en las representaciones y prácticas sociales? Y si es así, ¿en qué niveles se han producido los cambios y en qué otros niveles o esferas de la vida de los sujetos se manifiestan resistencias a los cambios visibles fuera de la esfera privada? Son este tipo de preguntas las encaradas por la investigación llevada a cabo entre marzo de 1995 y marzo de 1997, en las Comunas de Santa María (V Región), en el pueblo del mismo nombre y sus inmediaciones y, en Sagrada Familia (VII Región), en villorrios rurales, poblaciones recientes así como en fundos.⁴

³ Traducido por las autoras del inglés.

⁴ La Comuna de Santa María se localiza en la frontera norte de la zona mediterránea, en el Valle del Aconcagua que atraviesa de este a oeste la V Región. El cultivo de frutas es de larga data y hasta los años setenta estuvo asociado a la industria conservera localizada en la misma Región. Esta Comuna corresponde a un desarrollo temprano de la agricultura de tipo empresarial ubicada en el valle y las tierras de riego mientras las grandes haciendas pervivieron hasta la reforma agraria pero estas unidades territoriales se localizaban fundamentalmente en la cordillera y orientaron su producción a forrajes y ganadería. Este desarrollo temprano de la fruticultura condujo a procesos de asalarización también temprana de las mujeres, sin que este fenómeno haya alcanzado la masividad de las últimas dos décadas producto de la expansión de la superficie plantada con parronales. El empresariado agrícola de la Comuna de Sagrada Familia se incorpora más tardíamente a las plantaciones de uva, acusa mayores niveles de ruralidad y aún se encuentran vestigios de las formas de trabajo y poblamiento hacendal.

Método

La metodología empleada consistió en la realización de 90 entrevistas semi-estructuradas, aplicadas a hombres y mujeres de tres grupos etáreos: mayores de 50 años, entre 25 y 35 años y menores de 25 años. Para los efectos de contrastación, se eligieron entre las entrevistadas a temporeras, dueñas de casa y temporeras jefas de hogar y las parejas de las dos primeras categorías de mujeres. Se trabajó con una muestra intencionada de casos buscando un equilibrio en la representación de ambos sexos y de las distintas cohortes de edades. La muestra se repartió en ambas Comunas. Las entrevistas fueron grabadas y transcritas; luego se procedió a su análisis.

Como hipótesis central se planteó que el trabajo asalariado de las mujeres era el factor desencadenante de los cambios en las relaciones sociales de género y que la edad y el sexo así como el lugar de residencia (grado de urbanización), mostrarían diferencias respecto de los niveles y profundidad de estos cambios. Siendo las faenas en la fruta un fenómeno masivo en las mujeres que las somete a largas horas fuera de la casa (sobretudo en verano cuando las jornadas de trabajo duran entre 10 y 16 horas, desde mediodía hasta avanzadas horas de la noche e incluso de la madrugada), la organización del ámbito doméstico se vería sometida a readecuaciones así como también deberían variar las representaciones sociales respecto al trabajo femenino.

Se puso en juego esta hipótesis con un conjunto de dimensiones socio-culturales entendiendo que habrían esferas de la vida de las personas más afectadas que otras por el proceso de modernización; que habrían esferas intocadas por este proceso que darían cuenta de fenómenos de resistencia al cambio; que un conjunto de modificaciones no necesariamente se explicarían por la modernización agraria sino por procesos más globales vividos estas últimas décadas por la sociedad chilena.

El trabajo asalariado de las mujeres, en suma se contrastó con otras dimensiones para analizar el cambio en las relaciones de género a nivel de las prácticas y las representaciones sociales: *los patrones de autoridad en la vida privada, el trabajo doméstico, los espacios extra-domésticos y la participación social, la sexualidad y relaciones de pareja*. Se recabó información a través de las entrevistas sobre las dimensiones señaladas, diferenciando entre lo que hombres y mujeres hacían y las ideas asociadas a estas acciones, entendiendo que el considerar estas dimensiones en ambos niveles podría dar cuenta de como se movían las prácticas y representaciones sociales en distintas esferas de la vida de hombres y mujeres, según edad y residencia.

Resultados y Discusión

Vectores y resistencias al cambio en las relaciones de género

En primer lugar, vamos a proporcionar una visión general de los nuevos sentidos y argumentos que aparecen en las entrevistas confrontados al contexto socioeconómico que rodea la vida de los temporeros/as de la fruta. En segundo lugar, daremos un panorama general de cómo se mueven prácticas y representaciones sociales en las distintas esferas de la vida de hombres y mujeres. En tercer lugar, nos abocaremos a poner en juego el trabajo asalariado de las mujeres con los patrones de autoridad masculina para dar cuenta como se han movido o per-

manecido las representaciones y prácticas sociales en los sujetos de ambos sexos, distintas edades y comunas.

Para establecer los vectores del cambio hubo de construirse una línea base que diera cuenta del estado inicial a partir del cual comienzan a observarse mutaciones a nivel de las prácticas y representaciones sociales. Esta línea base fue construida a partir de las caracterizaciones dadas en las entrevistas a la generación mayor, sobre lo masculino y lo femenino, y a las interacciones entre hombres y mujeres en las dimensiones señaladas más arriba.⁵ A los atributos asignados a los géneros correspondientes a prácticas y representaciones tradicionales se los denominó "complejo tradicional". En general éstos correspondían a los grupos de mayor edad (más de cincuenta años) no obstante estaban también presentes en algunas esferas en los grupos intermedios (25 a 35 años) y en los más jóvenes (menores de 25 años).

Las representaciones sociales acerca de la modernidad

De cara al futuro y distantes del pasado. En términos del contexto que rodea la vida de las personas, lo que aparece como manifestación de este cambio de rostro de agricultura encarnada en los sujetos que a ella se vinculan, son los fenómenos de *desanclaje*, entendidos por Giddens (1994) como el "despegar" las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y su reestructuración en indefinidos intervalos espacio-temporales. Es así como los atributos del mundo tradicional campesino tales como una noción del espacio referida a lo local, una noción del tiempo asociada al lugar y a la reiteración de rutinas y acontecimientos tras el paso de las estaciones; el peso de la memoria como soporte de los procesos de reproducción campesina, la importancia de la comunidad, del parentesco y de las redes familiares como referentes sociales, los vínculos de solidaridad expresados en intercambios no monetarios, etc., han dado paso a nuevos atributos propios de la modernidad.

En el nivel de las representaciones, los sujetos de ambos sexos y distintas edades se apropian del discurso de la modernidad, lo que cristaliza en la agregación de nuevos sentidos, significados y referentes socio-culturales. El ahorro, la superación, el

deseo de surgimiento personal, entre otros, se constituyen en los nuevos sentidos de proyectos de vida orientados al futuro, con una manifiesta voluntad por escapar de la marginalidad social, a arrancar sobretodo del estigma de ser pobre. Estas nociones juegan el papel de bisagra entre el discurso de la modernidad y la voluntad de los sujetos por encontrar mecanismos de integración social. Esta agregación de nuevas nociones conforman el soporte de un discurso de la modernidad en los temporeros, lo que a nivel de las prácticas sociales se concretiza mediante el salario de las mujeres.

Uno de los mecanismos concretos de desanclaje se sitúan en el valor material y simbólico asignado al dinero obtenido por las mujeres. El salario junto a cristalizar una nueva relación social (salir de la casa, establecer nuevos espacios de sociabilidad, procurar autonomía), es leído como un elemento de reposicionamiento de los sujetos en la modernidad: posibilita a la vez acceso al mercado de bienes materiales y culturales y, junto a ello, da curso al reposicionamiento de las mujeres en la familia y las relaciones de poder que en este espacio se establecen entre los géneros (autonomía, individuación).

La reiterativa noción de tiempo característica de la sociedad tradicional, da paso a la orientación al futuro en las generaciones más jóvenes con lo cual los proyectos de vida van más allá de lo que los padres fueron o son; la percepción fatalista de la vida característica de la sociedad campesina, al abrir camino a las nociones de superación y surgimiento, muestra que lo dado puede ser cambiado, que hay oportunidades abiertas y que estos cambios son posibles accediendo a un salario propio (en las mujeres), mientras que para ambos sexos, el mejoramiento de las condiciones de vida sólo puede sostenerse con la suma del salario femenino.

La modernidad real. Sin embargo, a la hora de confrontar el grado de vinculación de estas nuevas representaciones sociales con las prácticas y las condiciones de vida concretas, aparece un gran distanciamiento entre estos nuevos significados representacionales confrontados a la posibilidad de materializarlos a través del esfuerzo de las personas (dobles jornadas, desprotección al cuidado infantil, etc.).

A menudo, las nociones de ahorro concretizadas en la existencia de libretas bancarias son frágiles, ya que las mismas libretas están vacías de dinero por lo cual se frustra la idea del ahorro (la temporalidad del trabajo regula la periodicidad de los depósitos pero como el trabajo de las mujeres cesa en otoño hasta la primavera, se debe comenzar muy

⁵ Lo que fue contrastado con los resultados del análisis de un conjunto de entrevistas en profundidad a mujeres y hombres campesinos/as y asalariados/as del Archivo de Memoria Oral del CEDEM.

pronto a usar el dinero colocado en el banco). La noción de surgimiento depositada en la orientación a la movilidad social ascendente vía educación de los hijos/as, al igual se ve frustrada a medio camino en tanto los mayores niveles de escolaridad acarrear nuevos costos monetarios imposibles de ser absorbidos a pesar de la agregación del salario femenino. La materialización del consumo está abierta, fruto de la co-provisión económica de los hogares. Pero muy a menudo este consumo está signado por el acceso a bienes de segunda mano, usados, y cuya manutención requiere de constantes desembolsos en dinero. Se consume y a menudo se consume usado y la red vecinal es útil a mantener los artefactos en funcionamiento contra el pago de sumas modestas (refrigeradores, máquinas de lavar Fensa de tambor, aparatos de TV).

La aspiración a la educación está presente y es percibida como mecanismo de movilidad e integración. Vistos los niveles de escolaridad existentes en las dos Comunas y en ambos sexos, se podría sin embargo afirmar que esta aspiración se instala con anterioridad a la implementación del modelo neoliberal. Las mujeres y los hombres nacidos en la década del sesenta en adelante tienen niveles de escolaridad mucho mayores que aquellos nacidos con anterioridad y, las mujeres de ambas Comunas tienen más años de escolaridad que los hombres, mientras aquellas mujeres y hombres de la Comuna que presenta mayor ruralidad, tienen menos años de estudio que la Comuna más urbanizada, aquella del valle de Aconcagua.

Las aspiraciones a educarse entonces son anteriores a los años setenta (durante la reforma agraria 1964-73) pero hoy se trata de mantenerla y de sobrepasar los años de educación básica y media para lograr alguna educación técnica y profesional. En los más jóvenes aparece una mayor aspiración a la equidad y menos segregación profesional para hombres y mujeres contrariamente a las generaciones anteriores que asignan ciertas carreras u oficios a mujeres, y otras a hombres.

Lo tradicional no está ausente pero tiende a ocultarse, pese al origen campesino de la mayoría de los temporeros y a habitar en los bordes entre el campo y pueblos pequeños. Provenir del mundo campesino, ser estigmatizado por el atraso y la pobreza, son elementos que al no estar presentes y ser negados, expresan el *desanclaje* del pasado. Tal pareciera que una condición para ser moderno es acallar lo atrasado, aquellos vestigios de la sociedad tradicional que a nivel de las prácticas sociales aparecen sin embar-

go amalgamados al discurso de la modernidad: recurrir por ejemplo a redes sociales próximas —familiares, vecinales y sobretudo redes de mujeres intra-género— para solucionar los problemas domésticos, particularmente el cuidado infantil o, en la presencia de referentes culturales vinculados al mundo campesino, especialmente referidos al papel de las mujeres en la sociedad tradicional que se expresa como nostalgia —en los hombres jóvenes— por la imagen de la mujer tradicional, apegada a su casa, preocupada de la suerte de cada miembro de la familia.

Los proyectos de movilidad social vía educación, la expansión del consumo y el acceso a bienes (vivienda propia, electrodomésticos, etc.), reposan en el salario de las mujeres, elemento que posibilita la materialización de nuevas aspiraciones. El acceso a la propiedad de la vivienda constituye el único elemento nuevo que muestra la presencia del Estado en la vida de las personas a través del ahorro personal y el acceso, por este medio, al subsidio para la vivienda del SERVIU (la mayoría tiene casa propia).

De esta forma, el discurso de la modernidad ha sido apropiado por los sujetos marcando la voluntad por no dejarse estar, por superarse mediante el esfuerzo personal pero, a menudo, esto no tiene respaldo material suficiente debido a que los sujetos se encuentran a medio camino entre la exclusión y la integración social. Los meses de cesantía a lo largo del año —mayores en las mujeres que en los hombres—, los bajos salarios, el costo de los servicios y de los bienes, son entre otras, las características de esta situación, aunque es cierto, también se recurre al endeudamiento para posibilitar las nuevas aspiraciones.

Sin embargo, ante la agregación de nociones de la modernidad como vectores de nuevos sentidos y argumentaciones, lo tradicional permanece, sobretudo a la hora de confrontar prácticas y representaciones sociales. Se asiste a la emergencia de nociones tales como surgimiento y superación que conviven con las dificultades para su logro pero esto se da en un marco donde existen posibilidades de habilitación y no sólo constreñimiento. Estas posibilidades de habilitación en gran medida son posibles gracias a la consecución de salario por parte de las mujeres, lo que no sólo se ve respaldado porque se agrega a la co-provisión del hogar, sino también, porque las mujeres se amparan del salario para establecer negociaciones inter-genéricas en la vida privada, pugnando por resituarse frente a los principios de autoridad masculina presentes en el orden tradicional.

Ruralidad y urbanización

Y lo tradicional, vinculado al pasado campesino y al papel de las mujeres en la familia también permanece sobretodo a la hora de tipificar como “complejo tradicional” a las representaciones y prácticas sociales de aquel grupo de sujetos en que el trabajo de las mujeres aparece tan solo como la agregación de una actividad remunerada. El hecho de que las mujeres trabajen por un salario no incide en el cambio representacional respecto de la significación del trabajo asalariado ni menos aún incide en relación al cambio en la división sexual del trabajo en la familia. Todo permanece más o menos inalterado, salvo que ahora las mujeres trabajan por un salario. Ni ellas se desprenden de sus funciones tradicionales ni ellos internalizan que este cambio podría derivar en un nuevo orden representacional o a nivel de transformaciones en las prácticas de la vida privada en las relaciones entre los géneros. Las mujeres trabajan debido a las circunstancias de escasez o precariedad económica, lo que en algún momento debería volver a su lugar.

Estos rasgos tipificados como “complejo tradicional” incluyen tanto a las mujeres de los grupos mayores como a otras de menor edad pero, sobretodo a los hombres mayores y de los grupos intermedios. A la hora de conocer desde donde emergen estas representaciones tradicionales que muestran un *no-desanclaje*, a nivel de la vida privada, en coexistencia con una visión de mundo orientada al futuro respecto de otros aspectos, se encuentra que están más frecuentemente asociados a los individuos que residen en la Comuna de Sagrada Familia, es decir, a aquella Comuna de mayor nivel de ruralidad y en que los asentamientos de tipo urbano son recientes. Esta mayor ruralidad se asocia además con una menor escolaridad en todos los grupos de edad y en ambos sexos. Sin embargo, lo que también caracteriza el apego a representaciones más tradicionales en Sagrada Familia se diluye una vez que se incluye la categoría género, en la medida que son más las mujeres de Sagrada Familia las que contribuyen a dotar de características al “complejo tradicional” en tanto que el lugar de residencia no aparece como un factor de diferenciación en los hombres mayores e intermedios, ya que, en las dos Comunas, las representaciones masculinas sobre el trabajo de las mujeres tiende a inscribirse en la matriz tradicional y a justificarse solo por la necesidad.

Lo que se observa respecto de diferencias entre Comunas, correspondiendo con la Comuna de Sagrada Familia un mayor tradicionalismo que en San-

ta María y sobretodo en las mujeres y en las mayores, no se observa en los más jóvenes de ambos sexos. Tal pareciera como si se estuviera en presencia de mayor homogeneidad entre los jóvenes en la medida que éstos ya se han distanciado de la sociedad campesina y se encuentran situados frente a los impactos de nuevas formas de vida, los medios de comunicación masivos y distanciados de la experiencia y formas de vida campesinas de las generaciones anteriores. Aparte ello, los jóvenes han alcanzado mayores niveles de escolaridad que los grupos mayores.

De esta forma y si bien los grados de ruralidad y urbanización parecen estar determinando diferencias entre las mujeres de ambas Comunas, y esto se expresa en una mayor movilidad de las representaciones tradicionales respecto del trabajo femenino en Santa María, las representaciones acerca del trabajo de las mujeres en los hombres, a excepción de los más jóvenes, tienden a ser más rígidas sin que el grado de urbanización incida de manera determinante. Esto, aún cuando la experiencia laboral de las mujeres de Santa María es de más larga data y aún cuando la vida de las familias se inscriba en un contexto más urbano. Así entonces, podría plantearse que los hombres tienen mayores dificultades que las mujeres para adecuarse a situaciones cambiantes y que la experiencia laboral femenina y las formas de vida urbanas más asentadas en el tiempo, contribuyen en cambios en los niveles representacionales de las mujeres.

En este contexto que aparecen diferencias por género vinculadas a los lugares de residencia, las representaciones de los más jóvenes son más homogéneas y son sobretodo los hombres los que han internalizado en mayor medida los cambios ya que las mujeres de este grupo menor a los 25 años están más apegadas al deseo de permanecer en la casa lo que puede estar determinado por la presencia de hijos pequeños y la falta de un soporte institucional para el cuidado infantil.

Lo que cambia y lo que permanece

En términos generales, el análisis del material indica que el trabajo femenino a la vez se muestra como un requisito del cambio pero no por el hecho de que las mujeres trabajen hay una transformación en las prácticas y representaciones sociales, es decir, de lo que hombres y mujeres hacen y en las maneras de pensar lo masculino y femenino. La matriz tradicional permanece y a ésta se agregan nuevos sentidos y algunas de las prácticas tienen a moverse mientras otras permanecen estáticas. Sexo y edad, a veces residencia, van a ser variables significativas a la hora

de cualificar cambios y resistencias al cambio a lo que se suman distintos niveles de alteraciones según esferas de la vida de los sujetos.

Las esferas más tocadas por estos procesos de transformación socio-cultural son las de la autoridad y la sexualidad. La autoridad masculina y los cambios operados en ella aparecen más vinculados al hecho de que las mujeres trabajen. Los hombres en general internalizan los cambios en las mujeres bajo nociones tales como:

"Ellas son más libres".

"Ellas son más modernas".

"Ahora ellas tienen más poder, se ponen activas, alegres con el trabajo".

No obstante, como se dijo, existen resistencias al trabajo de las mujeres en los grupos mayores e intermedios de hombres. Es en el argumento de la necesidad económica donde reposa la salida de las mujeres a trabajar:

"Si yo ganara suficiente, ella no tendría para que trabajar".

"Yo trabajo porque con el salario de él no alcanza".

Necesidad y ayuda al hombre de la casa conforman una pareja argumental para justificar la salida de las mujeres de sus casas. Por el contrario, en los grupos intermedios de edad de las mujeres comienzan a agregarse nuevos sentidos al trabajo y las nociones de autonomía económica y libertad individual caracterizan las motivaciones para trabajar. Extrañamente, en los grupos de mujeres más jóvenes tienden a reproducirse algunas de las representaciones tradicionales encontradas en las mujeres mayores ya no desde el lado del argumento de la necesidad económica sino desde la inclinación a permanecer en la casa. La presencia de hijos muy pequeños aparece como el argumento para permanecer en la casa. Sin embargo, a la hora de confrontar las prácticas de las mujeres jóvenes y las argumentaciones de éstas en otras esferas, el salir a trabajar no requiere de justificación, aparece como algo dado: es normal que las mujeres trabajen.

A través de las generaciones de mujeres se asiste al reemplazo del argumento acerca del dinero en un contexto de gran precariedad económica de «porque él no lo gana» (la necesidad), al argumento «porque yo lo gano» (la individuación, la libertad). Los argumentos son desplazados desde lo que el otro no obtiene a lo que yo obtengo. En las mayores se trata de una falencia masculina, en las menores de una oportunidad de habilitación a partir del trabajo de ellas mismas.

Por el contrario, los cambios en la sexualidad desde una concepción de cuerpo femenino ausente en el «complejo tradicional» hasta la apropiación del cuerpo por parte de las mujeres, desde una sexualidad caracterizada por satisfacer al hombre hasta una concepción de búsqueda de placer recíproco, están más vinculadas a procesos instalados en el país desde los años sesenta en adelante. Se trata de la internalización de políticas de regulación de la fecundidad, planificación familiar de los años sesenta, lo que otorgó la posibilidad de disociar la reproducción de la sexualidad en la pareja.

Las representaciones sociales acerca del trabajo doméstico, cambian al igual hacia las generaciones más jóvenes sin embargo se mueven con gran dificultad las prácticas: mientras los hombres hacen poco en las casas, las mujeres —sobre todo las mayores— tienen dificultades a desprenderse de las actividades propias a su dominio, característica dada en la sociedad tradicional. Igual que respecto del dinero, la noción de ayuda en las tareas domésticas muestra la manutención de rigidez en las prácticas respecto de la división sexual del trabajo doméstico. Sin embargo se observan cambios en las generaciones más jóvenes y estos cambios consisten en que los hombres hacen tareas que los mayores no hacían: planchado, lavado, por ejemplo lo que muestra una diversificación de las actividades de los hombres en la casa, respecto de los mayores que suelen hacerse cargo de algunas de ellas solo cuando las mujeres están enfermas.

En cuanto a las representaciones y prácticas vinculadas al espacio extra-doméstico, existe movilidad en las prácticas y representaciones, sin embargo, al igual que respecto del trabajo asalariado, éstas sólo cambian hacia los grupos jóvenes y más en hombres que en las mujeres de este grupo (en éstas últimas tienden a permanecer las representaciones tradicionales pero las prácticas muestran un cambio sustantivo respecto de las generaciones mayores). Es de interés el haber constatado que aparece sobre todo en los hombres jóvenes la noción de derechos de las mujeres (a salir, a trabajar, a decidir, etc.) pero que a la vez la aparición de esta noción del lado de las mujeres no tiene su correlato para que en los hombres se vaya configurando un nuevo tipo de masculinidad. Mientras las mujeres tienen un mundo abierto de posibilidades, los hombres se ven constreñidos a las canchas de fútbol.

Respecto de las relaciones de pareja al oponer representaciones y prácticas sociales entre los grupos mayores y los más jóvenes, la pareja centrada en el papel del jefe de hogar hombre va dando paso a la

pareja co-construída en que las decisiones, la sexualidad, los proyectos a futuro, son un asunto compartido y aparece la noción de afectividad. En este ámbito de relaciones, aparece la idea de co-construcción de la pareja. Pese a la aparición del ideal democrático de pareja, surge también la idea de que todo tiempo pasado fue mejor y esta idea se vincula a la nostalgia en los hombres jóvenes por las mujeres de antes más abocadas a sus hogares.

El trabajo asalariado y los patrones de autoridad

Mientras las mujeres se incorporan al trabajo asalariado, este hecho adquiere diferentes significaciones, desde estar legitimado socialmente en las generaciones jóvenes, hasta la inaceptación por parte de los hombres de los grupos intermedios y mayores. Las representaciones vinculadas al cambio en las prácticas en esta esfera expresan por un lado malestar en los hombres y son vistas por las mujeres como un elemento que llena la distancia entre lo que los hombres no pueden ganar y la satisfacción de las necesidades que imponen los nuevos tiempos. Un mejor bienestar económico por el hecho de agregar un nuevo salario a la reproducción familiar, aparece paralelamente al malestar cultural masculino, por el hecho de que las mujeres dejen la casa. Este movimiento de la casa hacia los lugares de trabajo no implica sólo dejar un lugar vacío en la casa, sino también, habitar otro lugar. Este malestar cultural radica en parte en la organización de la vida cotidiana en cuanto la ausencia femenina implica no estar servido, implica que no se le espere con la comida preparada cuando ellos llegan; implica desorden, implica resituarse ante la ausencia de las mujeres y tareas hechas por ellas que no son realizadas en tanto las mujeres se hallan trabajando. Esto aparece en los grupos mayores con la tendencia a extenderse en los grupos intermedios de edad de los hombres. Se tenderá a incorporar nuevos sentidos al trabajo de las mujeres una vez que las edades disminuyen y en ambos sexos. La apertura de los más jóvenes a internalizar el trabajo asalariado de las mujeres, a que este forma parte de nuevos derechos, se acompaña no obstante por la conjunción de esta aceptación con la nostalgia por el pasado.

Pero también el malestar cultural se vincula a que las mujeres están en otra parte. Pueblan otros espacios, desarrollan una nueva sociabilidad en los packing de fruta, se vinculan con más mujeres (lo que configura una amenaza) y además con hombres (lo que puede atentar contra el honor masculino).

Las nociones que nombran estas amenazas son verdaderamente elocuentes:

"Se juntan con otras y se ponen sueltas; creen que se mandan solas".

"Se ponen desbocadas, como las yeguas".

"Los hombres creen que una va a puro lesear a los packing, total, si uno quisiera hacerlo..., lo haría en cualquier parte".

"Es que las packineras tienen mal nombre".

"Una cosa es la libertad, otra el libertinaje".

La noción de necesidad como argumento para salir a trabajar. La generación de empleos para mujeres ha posibilitado a muchas familias escapar a condiciones de aguda pobreza. El empleo temporal aparece como una de las pocas posibilidades para aumentar los ingresos de los hogares. No obstante, los costos de la asalarización son altos para las mujeres y no sólo desde el punto de vista material y del desgaste físico, sino también porque los hombres se resisten a que dejen la casa y las tareas domésticas, lo que provoca conflictos.

El salario de las mujeres, al alterar la composición de los ingresos familiares, resitúa el papel de hombre y mujeres en la familia tendiendo a conformarse un tipo de familia donde hombres y mujeres son co-proveedores de los hogares. Hombres y mujeres resuelven el hecho de que éstas últimas salgan a trabajar mediante el argumento de la necesidad (económica). Es entonces la necesidad la que orienta el trabajo y el salario femenino el que posibilita el cambio del rol de proveedor de los hombres.

La noción de necesidad tiene su correlato es la noción de "ayuda" a los hombres en la manutención de los hogares. De esta forma, las representaciones sociales no se mueven, permanecen atadas al rol tradicional masculino de proveedor del hogar lo que impide otorgar un nuevo sentido al trabajo de las mujeres que el dado en el "complejo tradicional", a través de categorizaciones binarias tales como mujer/encargada de la casa; hombre/responsable y jefe del hogar; mujer/dentro; hombre/fuera. Pero esta vez la mujer gana un salario sin que necesariamente esas oposiciones binarias se alteren.

La contribución económica de las mujeres permite, de hecho, alivianar la manutención de los hogares. Acceder a la vivienda, mantener a los hijos por más años en la escuela, mejorar la calidad de la vivienda, procurarse elementos para alivianar las tareas domésticas, vestirse y comer mejor, arrancar en suma de la pobreza.

Algunas argumentaciones ilustran esta afirmación:

“Porque yo me encontraba con poca plata tuve que salir a trabajar. Mi marido primero me dijo que no y después yo le dije que si me daba la plata que me daba antes yo no trabajaba”. *Aída, 61, Santa María.*

“Ella empezó a trabajar por la mala situación económica que nosotros pasábamos. La verdad es que mi trabajo no es seguro, es aventurero. De repente puedo tener trabajo y me va bien pero de repente me va muy mal”. *Raúl, 30, Santa María.*

Resultado de la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado y al analizar los gastos en que incurren hombres y mujeres, lo que ocurre es que los ingresos masculinos tienden a desvanecerse en el consumo inmediato, en la vida cotidiana, día a día tal como se desvanece el trabajo doméstico de las mujeres día a día en las casas, mientras los gastos en que incurren las mujeres tienden a permanecer cristalizados tanto en la educación de los hijos como en la adquisición de muebles, electrodomésticos, televisión y, muchas veces en el ahorro previo requerido para el acceso a la vivienda propia.

Se abre así la posibilidad para un cierto desbloqueo de las asimetrías entre hombres y mujeres en la vida privada, en la medida que lo que aportan los hombres se consume cotidianamente mientras lo que aportan las mujeres permanece, queda cristalizado en objetos, lo que ellas hacen notar. En concreto, este desbloqueo puede ser traducido como la posibilidad para las mujeres de establecer negociaciones en un contexto en que el poder, la toma de decisiones y el papel de garante del hogar radicó en los hombres mientras las mujeres aparecían como las encargadas de la casa. Con la asalarización femenina, es la misma casa la que se constituye en el lugar de negociaciones y esto se da en la medida que las mujeres ganan un salario que otorga la posibilidad de satisfacer no solo las necesidades alimentarias y de vestuario sino el acceso a otros bienes.

El surgimiento de la noción de libertad

La idea de necesidad va dando paso hacia las generaciones más jóvenes de la idea de libertad y autoafirmación. Los argumentos comienzan a cambiar en las mujeres de grupos intermedios de edad y se afirman en las más jóvenes. Este paso está marcado por el surgimiento de otras asociaciones al trabajo: sociabilidad, salir de la rutina doméstica, conocer otras cosas, personas, lugares. El dinero adquiere un significado diferente: otorga autonomía

y poder de decisión.

De esta forma, la autoridad masculina se atenúa siguiendo la lógica del grupo intermedio. Mientras que en este último esto se apoyaba en el hecho de que los hombres no cumplieran con el rol previsto (proveedores) idea en que se asienta la autoridad, en las más jóvenes la puesta en cuestión de la autoridad masculina está autojustificada. Está “claro” que no puede darse de la misma manera que “antes”. A nivel representacional —lo que no implica ni prácticas modificadas completamente como tampoco la asunción de todas las consecuencias de esta modificación de la representación—, la presencia femenina en el ejercicio de la autoridad así como los nuevos límites de la autoridad masculina parecen estar empezando a jugarse de manera prescriptiva —lo que explicaría la naturaleza autojustificada de estas representaciones—. De otro lado, esta atenuación y resignificación de la autoridad masculina en relación con el dinero y su peso para la participación en las decisiones, se vincula con la argumentación “porque yo lo gano”, la que contrasta con la del grupo intermedio “porque él no lo gana”, presente en el grupo de mujeres mayores.

El ritual del “permiso” o la re-legitimación de la autoridad masculina

Siempre, la iniciativa de trabajar parte de las mujeres. Para hacerlo las mayores y muchas de los grupos intermedios deben pedir permiso a los hombres. El “permiso” solicitado por las mujeres a los hombres para salir a trabajar, aparece como ritual de manutención y afirmación de la autoridad masculina entre los grupos mayores de edad y los hombres del grupo intermedio mientras en hombres y mujeres jóvenes este rito ha desaparecido de las interacciones de la vida cotidiana una vez que las mujeres salen a trabajar.

Para las mayores, la experiencia laboral en el packing y las plantaciones comenzó estando casadas o unidas en pareja; para algunas de las mujeres de los grupos intermedios hubo una experiencia laboral anterior a la formación de la pareja, mientras es generalizado en las mujeres más jóvenes la experiencia laboral anterior a la conformación de la pareja.

A pesar de que los hombres valoren el hecho de que las mujeres salgan a trabajar y expliciten este argumento como «ayuda a ellos» en la manutención de los hogares, en situaciones en que el ingreso masculino «no alcanza», las representaciones sobre el

trabajo de las mujeres de los hombres mayores y de la mayoría de aquellos del grupo intermedio de edad, tienen un sello negativo y también la connotación de que ellos, en la situación actual, no pueden cumplir con el rol de proveedores de los hogares.

Las argumentaciones negativas reposan en la manutención de la autoridad masculina sobre las mujeres que se expresan como la reiteración de argumentos dirigidos al ejercicio del control masculino de la vida de las mujeres. El hecho de estar en otra parte imposibilita a los hombres ejercer ese control, y, la vida de los packing de fruta es vista como el lugar abierto a la puesta en cuestión del honor masculino.

Mujeres y hombres sostienen argumentos tales como:

«Ellos siempre piensan mal, que uno no va a trabajar sino a hacer otra cosa pero si uno quiere joder al hombre lo puede hacer en cualquier parte». *Eliana, 49, Santa María.*

“Cuando comencé a trabajar siempre se ponía celoso; pensaba lo peor de una... sacarse la mugre trabajando para llegar a la casa y encontrar un caracho más o menos. No es justo”. *Ana María, 31, Santa María.*

“Los hombres entre ellos se dicen: mira, tu mujer está trabajando en el packing, mira a la hora que sale ¿tu sabes con quien llega?”. *Alicia, 35, Santa María.*

“Dicen que las mujeres van a puro engañar a los maridos. Los hombres piensan mal, por eso le quitan a la mujer que salga”. *Grisela, 24, Sagrada Familia.*

“Las mujeres de ahora son muy entradoras, hay muy pocas que se están quedando tímidas. Cómo conversan, cómo se mueven”. *Juvenal, 36, Santa María.*

“Como decimos acá en el campo nosotros: cuando las mujeres trabajan se ponen chúcaras, no las para nadie...porque una yegua mansa que es lo que pasa, la mansa se pone ligerito chúcaro ¿Porqué? Por que se juntó con la otra”. *Miguel, 33, Sagrada Familia.*

Frente a la erosión de la base material que constituyó el soporte de los patrones tradicionales de autoridad masculina, este patrón característico de las relaciones entre los géneros debe ser re-significado. La salida de las mujeres a trabajar implica negociaciones con sus parejas y el permiso aparece como el dispositivo a través del cual a la vez las mujeres negocian con los hombres la salida y los hombres mantienen la autoridad sobre las mujeres. El permiso aparece como una manera de resolver simbólicamente la manutención de la autoridad masculina en un contexto en que ya los hombres no son los sostenedores exclusivos del hogar y, por otro lado, la experiencia laboral femenina pone en evidencia que el salir de la casa, aunque costoso, abre un mundo de posibilidades a las mujeres.

Conclusiones

Los procesos de modernización avanzan apropiándose de las formas tradicionales de vida y lo hacen reestructurándolas, reorganizando el significado y la función de las prácticas sociales. De esta forma, el proceso histórico llamado modernidad no se manifiesta exclusivamente como una ruptura con lo tradicional, como la manifestación de un cierto malestar ante los cambios en las formas de vida sino como un proceso complejo que agrega a las nuevas prácticas nuevos sentidos. Un proceso de “tradicción selectiva” comienza a operar una vez que hombres y mujeres se ven compelidos a enfrentar los procesos de modernización, en la medida que se resignifican las prácticas y representaciones tradicionales, a las cuales, en algunos ámbitos de la vida se agregan estos nuevos sentidos (Varikas, 1988).

La puesta en cuestión de la tradición genera malestar. Así podría explicarse la manutención del “permiso” como un rito para la re-significación de la autoridad masculina en los hombres mayores y la mayoría de aquellos de los grupos intermedios de edad. “El sistema de valores y comportamientos se toman problemáticos por la entrada de las mujeres en el mundo del trabajo, por la asalarización femenina que introduce entre los sexos una relación de dinero: la mujer, la joven, aportan un salario ganado afuera, mientras que el honor las requiere en el espacio de adentro” (Abrous, 1988, p. 49).⁶ Es esto —sostiene Abrous— lo que genera malestar y lejos de conducir al abandono del ethos del honor, provoca mas bien una crispación sobre los valores que el honor implica y un discurso que intenta evacuar la angustia que provoca su inadecuación al mundo moderno.

Podría destacarse el hecho de que los temporeros de la fruta son permeables a la instalación discursiva de la modernidad encontrándose ellos en una situación económica precaria que logra mejorarse, gracias al acceso de las mujeres al empleo temporal en la fruta, una de las pocas posibilidades existentes para lograr un salario en medio rural y en los lugares semi-urbanizados donde se han instalado las agro-industrias.

A nivel representacional este discurso se instala a través de las nociones de surgimiento y superación, por el no dejarse estar ante las inclemencias presentes dadas fundamentalmente por la relación laboral flexible y temporal. El salario femenino de he-

⁶ Traducido del francés por las autoras.

cho mejora las condiciones de vida, posibilitando el acceso al consumo de bienes materiales y culturales otros que los alimentarios. Con ello se abren las posibilidades de apropiarse de los símbolos de la modernidad: televisión, bicicletas, refrigeradores, lavadoras y, casa propia.

El acceso a la educación y la extensión de los años de escolaridad de los hijos si bien se instala como aspiración y se logra una mayor escolaridad que en las décadas del sesenta, setenta y ochenta, hoy se trata de mantener por más años a los hijos en la escuela y se aspira al logro de una carrera técnico-profesional sin que estas aspiraciones estén marcadas por una segregación profesional entre hombres y mujeres como lo fue en el pasado o por las generaciones mayores.

La separación de la reproducción de la sexualidad, aparece como un fenómeno consolidado pero para que ello ocurriera fue necesario la existencia de políticas de planificación familiar y regulación de la fecundidad de larga data sólo internalizadas en por las generaciones más jóvenes. No obstante estos elementos nuevos y aquellos ya consolidados por su instalación en los años sesenta y setenta, los costos personales y familiares para hacer posibles estas nuevas aspiraciones son altos y, en general, la apropiación de los símbolos de la modernidad se realizan a través del acceso a los deshechos que la misma modernidad produce, por ejemplo los artículos de segunda mano.

El trabajo asalariado de las mujeres no tiene consecuencias en todas las esferas de la vida. Mientras las prácticas permanecen más o menos rígidas en lo que concierne la división sexual del trabajo doméstico, las representaciones sociales han cambiado respecto de otras esferas. La autoridad masculina es erosionada por el cambio en la provisión de los hogares pero se encuentran resistencias en los hombres, a excepción de los más jóvenes, a que las mujeres trabajen. La concepción de las relaciones de pareja ha variado. En el nivel representacional se encuentra una demanda afectiva, de compañerismo, de co-construcción de las relaciones de pareja.

En cuanto al uso de los espacios extra-domésticos las mujeres jóvenes comienzan a ingresar a la vida pública cuestionando los principios de autoridad masculina y la asociación de la mujer a la casa. En los más jóvenes sin embargo, tal vez por la presencia de hijos pequeños, ambos tienden a permanecer en las casas a diferencia de las generaciones mayores donde los hombres sostienen espacios de sociabilidad fuera del trabajo lo que está ausente en las mujeres.

Referencias

- Abrous, D. (1988). L'honneur et l'argent des femmes en Algérie. *Revue Trimestrielle Peuples Méditerranéens*, 44, 49-86.
- Aranda, X. (1982). *Participación de la mujer en la agricultura y la sociedad rural en áreas de pequeña propiedad* (Contribuciones N° 9). Santiago: FLACSO.
- Bracher, M., Alcorn, M., Coprthell, R., & Massardier-Kenney, F. (Eds.). (1994). *Lacanian theory of discourse: subject, structure, and society*. New York, NY: New York University Press.
- Lacan, J. (1991). *Le Séminaire: L'envers de la psychanalyse*. Paris: Seuil.
- Castel, R. (1996). *Les métamorphoses de la question sociale: Une chronique du salariat*. Paris: Éditions Fayard.
- Díaz, A. (1991). Nuevas tendencias en la estructura social chilena: Asalarización informal y pobreza en los ochenta. *Revista Proposiciones*, 20, 88-119.
- Devés, E. (1994). El trabajo intelectual: ¿Entre la modernización y la identidad? *Revista Proposiciones*, 24, 339-340.
- García-Canciani, N. (1989). *Las culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez, S., & Echeñique, J. (1988). *La agricultura chilena: Las dos caras de la modernización*. Santiago: FLACSO/AGRARIA.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Alfaguara.
- Larraín, J. (1996). *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Medel, J., Riquelme, V., & Olivos, S. (1989). *Las temporeras y su visión del trabajo*. Santiago: Ediciones CEM.
- Medel, J., & Riquelme, V. (1994). *La salud ignorada: Temporeras de la fruticultura*. Santiago: Ediciones CEM.
- Moore, H. (1991). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Moore, H. (1994). *A passion for difference*. Chicago, IL: Chicago University Press.
- ODEPA (1974). *Políticas de desarrollo agrario y rural*. Santiago: Ministerio de Agricultura.
- Ortega, F. (1994). *El mito de la modernización: Las paradojas del cambio social*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Rodríguez, D., & Venegas, S. (1989). *De praderas a parronales: Un estudio sobre estructura agraria y mercado laboral en el Valle del Aconcagua*. Santiago: GEA/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Subercaseaux, B. (1966). *Chile: ¿Un país moderno?* Santiago: Ediciones Grupo Zeta.
- Thompson, E. P. (1984). *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Tironi, E. (1990). *Autoritarismo, modernización y marginalidad: El caso de Chile 1973-1989*. Santiago: Ediciones SUR.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valdés, X. (1984). *Transformaciones en el paisaje rural de Chile Central: El villorrio rural, un espacio residencial que alberga a los pobladores del campo* (Documento de Trabajo N° 20). Santiago: Ediciones SUR.
- Valdés, X. (1987). Por un salario: Sinopsis de una realidad oculta. En X. Valdés, V. Riquelme, J. Medel, & L. Rebolledo (Eds.), *Las trabajadoras del campo* (pp. 23-58). Santiago: Ediciones CEM.
- Valdés, X. (1988). La feminización del mercado de trabajo agrícola de Chile Central. En X. Valdés (Ed.), *Mundo de mujer: Continuidad y cambio* (pp. 388-430). Santiago: Ediciones CEM.
- Valdés, X. (1992). *Mujer, trabajo y medio ambiente: Los nudos*

- de la modernización agraria*. Santiago: Ediciones CEDEM.
- Valdés, X., Valdés, T., & Bengoa, J. (1997). Chile: Crecimiento económico y pobreza. *Revista Control Ciudadano*, 1, 133-138
- Valdés, X., & Rebolledo, L. (1994). Mujeres del campo: Entre el brasero y la televisión. *Revista Proposiciones*, 24, 287-294.
- Varikas, E. (1988). Trop archaïques ou trop modernes? Les citadines grecques face à l'occidentalisation. *Revue Trimestrielle Peuples Méditerranéens*, 45, 269-292.
- Venegas, S. (1995). Las temporeras de la fruta en Chile. En X. Valdés, C. Arteaga, & A. M. Arteaga (Eds.), *Mujeres y relaciones de género en la agricultura* (pp. 119-155). Santiago: Ediciones CEDEM.
- Wagner, P. A. (1994). *Sociology of modernity: Liberty and discipline*. London: Routledge.
- Zizek, S. (1991). *Looking awry: An introduction to Jacques Lacan through popular culture*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Zizek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.
- Zizek, S. (1994). *The metastases of enjoyment: Six Essays of woman and causality*. London: Verso.

